

Una visión del pasado personal que me llevó a ser profesor

Ildefonso Ruiz Benítez

*Representación metafórica de la manera en que nos dejamos llevar por el brillo
que alguien o algo nos ha dado a quienes queremos ser profesores.*



Fuente: Foto cortesía de Ildefonso Ruiz Benítez.

Ildefonso Ruiz Benítez es profesor de carrera por la Escuela Normal del Estado de Chihuahua, licenciado en Ciencias Sociales por la Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R. y maestro en Educación Campo Práctica Docente por la Universidad Pedagógica Nacional. La mayor parte de su vida laboral la ocupó en el nivel de telesecundaria, donde fue maestro de grupo, asesor técnico pedagógico, director, inspector y coordinador estatal. Actualmente se encuentra jubilado y colabora desde 2009 como maestro en la modalidad escolarizada y en el Programa de Posgrado de la Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R. Correo electrónico: i.ruiz@ensech.edu.mx.

Resumen

En el presente documento se ofrece una visión de las posibles razones que me llevó a seleccionar la carrera de profesor en una etapa muy temprana. Se mencionan algunas de las escenas más importantes de mi vida que seguro fueron definitivas para la decisión futura, y donde la presencia de los profesores de la comunidad en que viví fue una constante. Se puede pensar –sin necesidad de llegar a la discusión del término *vocación*– que las circunstancias y los apoyos recibidos del entorno me llevaron a la definición del docente que ahora soy, después de 39 años de haber egresado de la Escuela Normal del Estado de Chihuahua. Es probable que el ambiente que me limitaba económicamente otorgó los elementos que me llevaron a sobreponerme a la historia propia y ser el profesor que hoy disfruta de su trabajo, orgulloso de su origen, siendo el primero de la familia que intentó salir de la inercia que entonces ninguno de mis nueve hermanos pudo romper.

Palabras clave: FORMACIÓN DOCENTE, IDENTIDAD DOCENTE, BIOGRAFÍA.

Introducción

En el presente trabajo, más que pretender construir una historia que dé a los lectores la idea de mi origen y formación como profesor, sugiere entender las razones que me llevaron a escoger la profesión. Se busca encontrar cuáles fueron las grandes motivaciones y sucesos en los que “los otros” me vieron como un sujeto con determinadas particularidades. Hubo elementos en la infancia que me “fueron acorralando” y que “no me dejaron otra alternativa” para la elección final.

[...] se comparte que las identidades se construyen, dentro de un proceso de socialización, en espacios sociales de interacción, mediante identificaciones y atribuciones, donde la imagen de sí mismo se configura bajo el reconocimiento del otro. Nadie puede construir su identidad al margen de las identificaciones que los otros formulan sobre él [Bolívar, Fernández y Molina, 2005, pp. 3-4].

Aquí aparecerán muchas personas que de una u otra manera contribuyeron a conformar lo que soy, muy consciente de que esta historia se construye desde un hoy que mira al pasado y que ha seleccionado y organizado los sucesos que me permiten mirar con orgullo y satisfacción el presente, a partir de un pasado que eventualmente fue doloroso. Considerando las ideas de Cole y Knowles

(2001), una historia de vida no es solo una recolección de recuerdos pasados (reproducción exacta del pasado), ni tampoco una ficción; es una reconstrucción desde el presente (identidad del yo) en función de una trayectoria futura. Es, entonces, relatando la propia historia como las personas se dan una identidad, reconociéndose en las historias que se cuentan.

Un momento de crisis inicial

Había concluido la educación primaria en la escuela que estaba al cruzar el llano y que hasta hacía poco abundaban mezquites y huizaches. Era la extensión del patio de la casa con el cual se mezclaba un intento de camino de terracería por el que circulaban pocos vehículos de la pequeña comunidad semirrural llamada Nombre de Dios, al norte de la ciudad de Chihuahua.

En junio de 1974 se realizó la ceremonia de graduación de la primera generación de la Escuela Primaria José W. Rangel Esparza. Esa primera noche, después de la fiesta de graduación, se convirtió para mí en un continuo llanto que nadie entendía y que a la vez nadie preguntaba por qué; el comentario general de amigos, hermanos, madre y padre era que estaba triste por dejar la escuela primaria que se había convertido en una etapa de mucho éxito y realización personal.

La tarde había transcurrido con un poco de nostalgia y muy pensativo; mientras me bañaba en el tejaván improvisado para ese fin. Mi madre me arreglaba un pantalón de Terlenka, color café, que pertenecía a uno de mis hermanos mayores; la reparación y arreglo era provisional, pues después del evento el pantalón debería volver a tomar su forma original, ya que era seguramente la primera compra de ropa de uno de mis hermanos que a los 16 años se estrenaba como empleado en una compañía constructora de carreteras. Los zapatos estaban listos y limpios, con suficiente cartón como para despistar el agujero que se observaba en la suela. En el gran evento la escuela reconocería el nivel de desempeño de Ildefonso, a la postre, el niño más destacado de la escuela y del grupo de graduandos. Sin embargo, la razón del llanto tenía un origen que calaba muy hondo, porque posiblemente era el último año de estancia en la escuela, y para ello había historia.

La vida previa al ingreso al sistema escolar

La comunidad de Nombre de Dios era casi un paraíso cercano a la ciudad. A unos cuantos metros estaba el cristalino y abundante río Sacramento, repleto

de álamos, prolijo en peces y a sus alrededores abundantes conejos, liebres, ardillas y palomas. Sobraban las verdolagas, quelites y nopales que permitían en muchas de las ocasiones complementar la dieta familiar de un grupo de 15 integrantes; recolectábamos esos alimentos con entusiasmo para llevarlos a casa.

Esa era mi vida infantil, de un niño que se aventuraba con sus hermanos y amigos en campañas de recolección, cacería y pesca que día tras día disfrutaba e iba perfeccionando. Mi madre, ocupada en los quehaceres domésticos, tenía confianza en la tranquilidad del lugar y en el cuidado personal de los hijos, quienes tenían un padre que siempre andaba trabajando, en cualquier parte, tratando de llevar todo lo que pudiera para el sostenimiento de la casa. Frecuentemente regresaba con bolsas llenas de mezquites, quiotes, nueces y otras cosas más que pudiera conseguir.

Las expediciones infantiles empezaban a crecer en extensión territorial y en tiempo. El hogar seguía siendo un lugar feliz para un niño inconsciente de las dificultades de sus progenitores para el sostenimiento de la familia. En esas fechas aún alumbrábamos la casa con un quinqué y obteníamos agua de la noria que entre todos habíamos cavado en casa de mi tía Aurora, ubicada a escasos cincuenta metros del patio de la casa. Para entonces teníamos tres habitaciones en las que éramos distribuidos para dormir cuando la luz del quinqué se apagaba.

La educación básica

El inicio de la educación básica fue en el Jardín de Niños Ángel Trías de la misma comunidad. Tenía un solo grupo y se encontraba al lado de la plaza pública, repleta de árboles que se convertían eventualmente en espacio de juegos para los niños que gustábamos treparlos. Estaba ubicada frente al hospital y clínica del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) sobre lo que era la única calle, hoy avenida Heroico Colegio Militar. El trayecto de la casa al jardín se realizaba en una caminata de aproximadamente 20 minutos por veredas polvosas, para no tomar el camino por el que transitaban camiones cargados de piedra, grava o arena y una que otra vez el servicio de transporte público. Siempre caminé tomado de la mano firme de mi madre, quien se las ingeniaba para llevarme y traerme a paso veloz, pues en la casa se quedaban al menos tres hermanos menores. El andar apurado fue y es de siempre una característica de mi madre que se quedó también en mí.

El ingreso al nivel educativo de primaria fue el rompimiento de la vida “silvestre” que de infante gustaba llevar y de inmediato esa rutina me atrapó. El gusto por asistir a la escuela se convirtió en una necesidad, en donde el

reconocimiento por los trabajos elaborados era una constante desde el jardín de niños, cuando la educadora le comentaba a mi madre sobre las habilidades para identificar figuras, pintar, pegar o coser con aguja estambrera. Yo escuchaba con orgullo y me sentía feliz. Poncho –como me llamaban– gustaba de participar, responder preguntas y cantar. En muchas ocasiones la maestra comentaba que debía dar oportunidad a los otros niños de participar, situación a la que con gusto accedía, porque sabía que de un momento a otro la palabra me sería devuelta.

No me imaginaba en ese entonces las peripecias que se hacían en casa para poder pagar las cuotas –desde entonces instituidas–, el uniforme y los zapatos que se usaban solo para ir a la escuela, los artículos escolares y las festividades. Mucho menos considerando que a la primaria aledaña asistían cuatro o cinco hermanos más. La estancia en la escuela tenía además otro privilegio: éramos afortunados de gozar del desayuno escolar proporcionado por el Instituto Mexicano de Protección a la Infancia (IMPI), con el que de manera diaria teníamos como alimento un cuarto de leche chocolatada y una deliciosa torta que se convertía en un estímulo para la asistencia. Por solo diez centavos la familia se ahorra un gasto de alimentación que de otra manera sería difícil sufragar.

Al ingresar a la escuela primaria la situación mejoró, pues el traslado ya era en compañía de mis otros hermanos y vecinos, lo que se volvió una gran diversión. La Escuela Primaria José Meraz, turno vespertino, se convirtió en mi razón de ser por los siguientes años. La constante siguió siendo el desayuno escolar, los halagos de mis maestros, la permanente participación en festivales y el gusto por obtener las mejores notas. Aquí empecé a extrañar la escuela en las interminables vacaciones, en las cuales los juegos, paseos y excursiones ya no eran suficientes. El gusto por la lectura y escritura se dio de manera casi espontánea, y con ello la actividad permanente por leer y aprender, por descubrir cosas inimaginables hasta ese tiempo. Empecé a descubrir el otro mundo, el que estaba más allá de mis constantes excursiones y aventuras hacia el llano de las que al final mi único compañero era el Rabo, un perro que vivió con nosotros de manera fiel hasta que cumplió 16 años, tiempo en el que, con dolor de todos, mi padre lo tuvo que sacrificar, pues su edad no le permitía ya caminar. Mi perro aprendió a señalarme lagartijas, palomas, conejos y ardillas, en una extraordinaria forma de comunicación entre él y yo, combinada con la habilidad con mi resortera.

En los primeros años de permanencia en la escuela primaria las calificaciones no eran aún muy sobresalientes, pero siempre de las mejores. Me convertí en el ayudante de los profesores en turno: revisaba a otros, anotaba a los que se levantaban o gritaban cuando salía el maestro o maestra, escribía los

resultados de las mecanizaciones o copiaba un texto en el pizarrón. Quizás el mayor éxito lo sentí cuando ya en quinto grado me pedían que fuera a cuidar grupos de tercero o cuarto que se quedaban solos. Me sentía todo un profesor y, lo mejor, los niños me hacían caso, seguramente amenazados por el director.

Mi vida en la escuela primaria no hubiera sido la misma sin la presencia del profesor Eduardo Javier Villanueva y la maestra Silvia Ontiveros (fallecida en un periodo vacacional de diciembre). Les fascinaba que presentáramos bailables, declamaciones y obras de teatro. De ellos aprendí a organizar actividades, amar la escuela, desear ser el mejor y participar en concursos de dibujo, escritura, canto y disfraces en los que frecuentemente salía ganador. Nunca los tuve como maestros de grupo, pero por alguna razón siempre estuvieron presentes y sentía su apoyo y amor. Evidencia de ello es que en muchas ocasiones acudían a la casa a platicar con mi madre, quien siempre les ofrecía tortilla con frijoles y café y nunca la despreciaron. Gustosa les mostraba mis cuadernos y libros con buenas notas, que ya para el quinto grado me posicionaban como el niño más aplicado del grupo y con todas las posibilidades de participar en el concurso del año siguiente para ir a saludar al presidente de la república.

La situación anterior se convirtió en el objetivo de mi vida, tanto que casi desaparecieron las excursiones llaneras, los juegos con mis amiguitos y las tardes de televisión en casa de mis tías Aurora y Aniceta, pues ese lujo no existía en mi casa. Yo sabía de un lugar llamado Ciudad de México, que estaba muy lejos (a más de un día de camino por autobús), que era una ciudad muy grande y que ahí se encontraba el presidente de la república.

Con mis dos admirados profesores conocí por primera vez mi imagen en una fotografía. Ellos tenían una cámara instantánea y alguna vez, en una de sus visitas, pidieron permiso a mi madre para retratarnos, pues les daban clases a algunos de mis hermanos. Eso lo envidiaba mucho, pues los consideraba muy afortunados por tener a los mejores maestros de la escuela. En algún momento el profesor Villanueva fue director de la institución y mi escuela se convirtió en un espacio de trabajo y diversión; los recreos se llenaron de actividades organizadas por los profesores.

Sería un ingrato si no reconociera el trabajo de mis maestras las Margaritas, como les decían en la escuela: Margarita Gutiérrez y Margarita Rodríguez, quienes constantemente me alentaban en la idea de que era muy buen niño, responsable y atento. Cada una disfrutaba poner el rayón en mi cuaderno para trazar algo semejante a un caracol, que representaba un diez de calificación. ¡Qué momento tan placentero cuando después de anotar una serie de palomitas, finalizaba la revisión con ese extraordinario garabato!

Algo que debo reconocer a todos mis profesores es que nunca recibí un regaño, coscorrón, cintarazo, metrazo, jalón de patillas o, menos aún, me en-

viaran a la fila de los “burros”, como les ocurría a muchos de mis compañeros. Para mí fue algo semejante a lo ocurrido en casa, donde lo que tuve de mis padres fue reconocimiento y respeto. No puedo decir que cariño, pues la forma de comportarse siempre fue con cierta distancia y quizá lo justifico pensando en la cantidad de hijos que tuvieron. Las pocas veces que me abrazaban eran momentos que deseaba nunca se acabaran, y la mejor evidencia que tengo de su amor es precisamente el respeto que siempre me ofrecieron. Nunca supe lo que es un golpe o un regaño.

Hacia el sexto grado la situación escolar cambió, ya que la escuela no logró completar el grupo y nos reubicaron. Para ese tiempo estaba ya instalada la Escuela Primaria José W. Rangel Esparza, a media cuadra de mi casa, y me vi obligado a ingresar en el turno matutino. Tuve miedo de que mis sueños de superación, fincados gracias a otros profesores, desaparecieran con el cambio de escuela. Afortunadamente las cosas fueron aún mejor y el niño recién llegado al grupo de sexto A, a cargo del profesor Mario Almeida, inmediatamente se posicionó en el lugar que el estudio y dedicación le habían proporcionado. Me volví un niño elitista en mis relaciones amistosas y, pensando en mis propios objetivos, hacía ronda solo con los niños aplicados. Ocupaba los recreos repasando contenidos o resolviendo actividades y llegó a tanto mi gusto por seguir aprendiendo que por un tiempo empecé a asistir a la misma escuela en el turno de la tarde, donde fui bien recibido por otro profesor que identificó en mí la posibilidad de participar en el concurso para el que me preparaba. En el turno vespertino asistía de visita, solo que el profesor Almeida me obligó a abandonarlo y me aclaró que no podía estar en dos escuelas a la vez. Se acabó ese doble estudio y me limité a la asistencia en la mañana.

Se acercaba el concurso para niños de sexto grado y mi dedicación y empeño por figurar como ganador se acrecentó. En ese entonces la situación económica de la casa empeoró, a pesar de que mi padre hacía lo posible por acercar recursos. Mis hermanos mayores iniciaban su vida como trabajadores, mis hermanas como empleadas domésticas y mi madre cuidaba a seis niños, dándose tiempo para lavar y planchar ropa ajena. Para entonces ya teníamos agua entubada y energía eléctrica.

En mi cabeza rondaba la idea de que la educación primaria se acabaría, que disfrutaba de estudiar y que deseaba estudiar la secundaria. ¿Cómo?, ¿de qué manera?, ¿con qué recursos? Las preguntas no se podían resolver, porque ninguno de mis nueve hermanos mayores tuvo la oportunidad de hacerlo debido a la situación económica de la familia. Seguro yo tendría que seguir esa línea, y eso se convirtió en un dolor constante que me hacía llorar a medida que se acercaba el fin del ciclo escolar. Incluso en el salón de clases corrían las lágrimas, por lo que el profesor me preguntaba: “¿Qué tienes?”. Pero ahí

terminaba el posible diálogo porque nunca respondía. Sabía lo que me pasaba, pero no podía decirlo. No podía ni quería repetir la historia de mis hermanos.

Se acercó la fecha del concurso de los “niños aplicados” y junto con ello empezó el trabajo en la ladrillera artesanal que mi padre había iniciado. Yo tenía el compromiso de apoyarlo, pero eso me robaba minutos que quería para seguir estudiando. Regresaba a casa lo más pronto posible para hacer las tareas extras que mi profesor me encargaba. Compartía las tardes de ladrillera con mi hermano David, que recién había terminado la primaria y con 14 años era el apoyo principal de mi padre en las diversas actividades que emprendía para obtener dinero. Ya éramos ladrilleros, y para mi mala suerte, las quemas de ladrillo se realizaban en la noche, mientras que en el resto de la semana hacíamos los pequeños adobes de tierra y armábamos el horno turnándonos las posiciones de lanzar o recibir ladrillos, pues mi padre tenía dificultades para hacer eso debido a que perdió un ojo en un accidente cuando fue minero.

Tuvimos cocimiento de ladrillos un domingo, y para completar el cuadro, el examen de selección tan esperado se realizaba el lunes. No sé por qué no pedí permiso a mi papá para no asistir a la quema, usando tal vez el argumento del importante examen que tenía el lunes, pero quizá fue porque era consciente de la necesidad de mi apoyo. Conforme avanzó la noche conseguíamos momentos para dormir y seguir al cuidado de atizar con petróleo la lumbre. A la mañana siguiente regresamos temprano, me bañé y me dirigí al compromiso del examen con el que representaría a mi escuela.

Mi profesor, mi amigo Jacinto y yo, tomamos el camino a pie hacia la colonia Villa, lugar donde se realizaría el concurso, que nos tomó unos 40 minutos. El resultado fue inicialmente favorable, pero Ildfonso Ruiz y una niña del fraccionamiento Continental obtuvieron el mismo resultado, lo que derivó en un empate que debía resolverse a la semana siguiente, pues era necesario un solo ganador.

El profesor Mario pidió permiso a mi madre para llevarme todos los días a su casa. Después de la comida, él y su esposa se ponían a trabajar conmigo, seguramente en cuestiones que tenían que ver con los errores obtenidos en el pasado examen, previendo que no se volvieran a repetir. Fue una gran semana, pues tenía una deliciosa comida diaria y durante la tarde estudiaba con mi profesor. Cerca de la noche regresaba en camión hacia mi casa, pues entonces no había riesgos. Era solo una ruta de autobús y el recorrido se hacía cerca de mi casa.

Llegado el momento del examen, una persona a la que llamaban inspector nos felicitó por estar en esa “privilegiada posición” y nos puso el examen. Después de casi dos horas de trabajo se dio el resultado y no me favoreció. Mi compañera y contrincante pudo aventajarme en el resultado –según mi maes-

tro— por un punto. Mi viaje a la Ciudad de México, para saludar al presidente Luis Echeverría, se había esfumado.

De mi paso por el sexto grado de la escuela primaria me quedó el reconocimiento de la localidad, un diploma como el mejor alumno y una nota en la boleta de calificaciones. También los abrazos de felicitación de mi madre y hermanos que fueron al evento, pero sobre todo el dolor que causaba el temor de no poder continuar en el estudio, siguiendo la experiencia obligada de mis nueve hermanos mayores. No tenía en quien apoyarme, pues mi hermano David —quien había sido muy buen estudiante— tenía ya dos años de egresado de la primaria y en breve se iniciaría como ayudante en un taller mecánico en el que fue colocado debido a las relaciones de mi padre.

Después de dos o tres días de profunda tristeza, en los que no hice otra cosa que llorar y descansar de llorar, llegó a casa mi amigo Javier Varela, acompañado de su madre, para preguntar a la mía si ya había ido a apuntarme en la escuela secundaria. En ese momento mi mamá se encontraba en el patio lavando tinajas y tinajas de ropa con su típico delantal hecho de bolsas de hule improvisadas para no mojarse y dijo:

—Ay señora, cómo cree. No tenemos dinero para hacer eso. Me puede mucho por mi hijo, porque usted sabe lo bien que salió de la escuela, pero no tenemos ni cómo sacar el dinero para la inscripción. Y aparte de eso, el pago del camión sería todos los días. Ya después veremos —concluyó.

La revelación de mi mamá me dolió hondo. No había más qué decir, y tenía razón. Yo solo escuchaba desde adentro de la casa. No tenía elementos para participar en ese diálogo, pero de pronto la plática tomó un giro esperanzador. La mamá de Javier dijo:

—Pero, señora, son solo cincuenta pesos; yo se los presto. Usted verá cómo pagármelos, y si no tiene, no me los paga. De los camiones, pues ya veremos llegado septiembre, al fin quedan dos meses.

Dicho eso, la señora sacó de su bolsa cincuenta pesos en monedas que marcaron un futuro que quizá de otra manera no habría llegado, o que quizá se hubiera pospuesto. Mi madre dudó en tomarlo, pero se armó de valor y, quitando orgullo y prejuicios, extendió la mano. Le dijo:

—Nos vemos mañana en la Secundaria 10 para inscribir a nuestros hijos.

Esa señora se convirtió para mí en algo semejante a una santa, digna de veneración.

El obstáculo estaba superado. Esos cincuenta pesos marcaron el principio de mi vida como estudiante de secundaria. Pero las cosas no se detuvieron ahí. Ya iniciado el ciclo escolar, ante las dificultades para comprar los libros o conseguirlos prestados, algo extraordinario sucedió. En la secundaria, a partir de la indicación del director escolar Apolinar Robledo, pude lograr que me

prestaran los libros año con año para luego devolverlos a la biblioteca. Esto fue gracias a que mi hermana Rosa trabajaba como empleada doméstica en casa del profesor Tomás Sánchez, entonces subdirector de la Normal del Estado de Chihuahua, y él mismo intercedió con el director de la secundaria para que me fuera otorgado ese beneficio. De nuevo el universo se acomodó a mi favor y desde esa época algo o alguien se cruzaba en mi camino para apoyarme en el sueño que tenía desde niño: ser profesor.

Cuatro años después de la secundaria me graduaba como profesor de la Escuela Normal del Estado de Chihuahua. Desde antes, a los 17 años de edad, me otorgaron el primer trabajo formal como profesor de educación obrera debido a mi condición económica y al empeño en las clases. Atendía a adultos a nivel primaria y con ello parte de mi vida estaba resuelta.

Una revisión final

Puedo decir que después de lo comentado, el transcurso de mi vida escolar fue relativamente fácil. Las carencias del hogar siguieron existiendo, pero mi decisión de ser profesor crecía conforme tenía más conciencia de mi futuro. Los apoyos escolares en secundaria y en la Normal siempre aparecían detrás de la cara de alguna persona que estaba ahí para servir, para apoyar a quien lo necesitara. Recibí apoyo de mucha gente, pero en el fondo sabía que para ello debería hacerme notar por mi trabajo, destacar, que me vieran como una persona que no defraudaría la confianza otorgada.

Seguramente las carencias, la comunicación con la gente más letrada que pude encontrar en mi entorno (mis profesores y profesoras), el amor, el apoyo, la confianza y el cuidado de mi familia me fue llevando a ser una persona sensible ante las necesidades de los otros y –como consecuencia– a la inclinación por la docencia. Me viene la idea de Giddens, pues señala:

La identidad del yo no es un rango distintivo, ni siquiera una colección de rasgos poseídos por el individuo. Es el yo entendido reflexivamente por la persona en función de su biografía. Aquí identidad supone continuidad en el tiempo y el espacio: pero la identidad del yo es esa continuidad interpretada reflejamente por el agente [1995, p. 72].

Rafael Echeverría (2005, pp. 237-239) contribuye conmigo en esta noción de mirar al pasado:

[...] el ser humano se define como un creador de su propia vida. El atributo fundamental de los seres humanos es su capacidad para actuar, y a través de ella, su capacidad de participar en la generación de sí mismo y de su mundo.

Conté con la cercanía de mi madre, el apoyo de mis hermanos y hermanas, el ejemplo de trabajo de mi padre, el cariño de mis maestros, el aprecio de mis amigos y seguramente detrás de todos ellos la mano de Dios buscado que en mi realización profesional pudiera hacer lo mismo con quien estuviera cerca de mí. La constante fue la presencia y apoyo de algún profesor, hasta entonces la única imagen de gente cultivada, distinta y admirada por todos. Yo quería ser como ellos.

Muchos días fueron recorridos a pie de la casa a la secundaria, pero eran caminatas llenas de esperanza y de sueños en un futuro mejor, en el que sacaría a mi familia de la pobreza económica en la que se vivía. No tenía conciencia del sueldo que un profesor podía ganar, pero estaba seguro que el dinero por su trabajo era mucho más que el de mis hermanas que laboraban como empleadas domésticas, más que mis hermanos que empezaban a ser operarios de donde se pudiera, más que mi padre que estaba en un trabajo y en otro afanándose por llevar algo a casa para nuestra sobrevivencia, más que mi madre que planchaba alteros de ropa para poder completar un ingreso que siempre era insuficiente. El ejemplo de trabajo y honestidad estaba siempre presente en mi entorno inmediato gracias principalmente a mi familia y a mis profesores, y eso marcó un rumbo inicial en mi vida: ¡eso marcó el rumbo de mi vida!

Referencias

- BOLÍVAR, A., FERNÁNDEZ CRUZ, M. y MOLINA RUIZ, E. (2005). *Investigar la identidad profesional del profesorado: una triangulación secuencial*. *Forum: Qualitative Social Research*, 6(1). Recuperado de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/516/1117>
- COLE, A.L. y KNOWLES, J.G. (eds.). (2004). Lives in context: The art of life history research. *Forum: Qualitative Social Research*, 5(3). <http://dx.doi.org/10.17169/fqs-5.3.583>
- ECHVERRÍA, R. (2005). *Ontología del lenguaje*. Chile: J.C. Sáenz Editor.
- GIDDENS, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, España: Península. (*Modernity and self-identity. Self and society in the late modern age*. Cambridge: Polity Press, 1991.)